

MUJERES QUE PIENSAN Y SIENTEN

Luz Marina Cruz¹
alasenlalluvia@hotmail.com

UNIVERSIDAD DE ORIENTE

Fecha de recepción: 11 de mayo de 2013

Fecha de aceptación: 30 de junio de 2013

Resumen

En el contexto de la cultura impresa decimonónica latinoamericana, la llamada prensa femenina creció aceleradamente a partir de los años treinta como reflejo de la incansable disputa sobre el tema de la educación de la mujer, generada desde la ideología liberal. Hasta más allá de mediado el siglo, la mayoría de estas publicaciones eran escritas por hombres pertenecientes a la élite con el objetivo de modelar una figuración femenina ideal que respondiera a las estrategias de dominación del ordenamiento patriarcal de espíritu burgués.

Palabras claves: latinoamerica, educación, mujer, patriacado.

Abstract

In the context of nineteenth-century Latin American print culture, the so-called women's press grew rapidly from the thirties as a reflection of the tireless dispute over the issue of education of women, generated from the liberal ideology. To beyond the middle of the century, most of these publications were written by men belonging to the elite in order to model an ideal female figuration to respond to the strategies of domination of the patriarchal system of bourgeois spirit.

Keywords: latinoamerica, education, women, patriarchy.

1 Doctora en Letras egresada de la Universidad Simón Bolívar (USB) y profesora asociada de la Universidad de Oriente (UDO). Ganadora de la VI Edición del Premio Internacional de Ensayo Mariano Picón Salas con la obra titulada «Entre repeticiones sin origen y diferencias insumisas. Escrituras, reescrituras del signo mujer en la prensa femenina de habla hispana (1826-1889)».

No me creo juez competente para decidir hasta donde haya de llegar la instrucción de la mujer; pero sostengo que no deben cerrarse á esta las vías del saber: ya le señalarán límites su aptitud y su razón. (...)¿Quién desempeñará mejor las augustas y trascendentales funciones de madre? ¿la que abunde en buenos sentimientos, pero sea ignorante, ó la que igualando á aquella en corazón, la supere en conocimientos?

Emilio Blanchot. «La instrucción pública».

En *Violetas del Anáhuac*

En general, los textos de la época declaraban que la misión femenina era dedicarse al matrimonio, la maternidad y la domesticidad; en ese sentido, la mujer debía recibir un adiestramiento formal adecuado a tal destino. Si en siglos anteriores predominaron los discursos negativos sobre las de este género, los medios impresos del ochocientos –entre ellos las revistas femeninas– crean una serie de tópicos elogiosos acerca de la mujer y sus inestimables deberes en el hogar.

Tomando en cuenta lo dicho, la lectura crítica de las publicaciones periódicas femeninas de la época permite comprometernos con el estudio de un período fundamental para reflexionar acerca de las contradicciones del signo mujer imaginado desde la estructura de dominio, segregación y censura que se ha dado en definir como patriarcado. Durante el siglo XIX se desarrollaron, entre otras, dos nociones novedosas sobre lo femenino que intentaban desplazar a la identidad atávica de la mujer representada a partir del pecado original de Eva y de las ideas misóginas aristotélicas. Se trataba de la ideología burguesa del ángel doméstico –asentada en las nacientes repúblicas en el primer tercio de la centuria– y del discurso de la mujer moderna proveniente del positivismo, que buscaba imponerse en las últimas décadas decimonónicas.

Dentro de esta compleja cultura genérica se comienzan a publicar las revistas femeninas de autoría masculina. No debe extrañarnos que a la mujer constituida en estas páginas se le atribuyeran, de forma general, procederes tan dispares como hacerse cargo de la enseñanza de los hijos –a pesar de no poseer una instrucción completa– y especializarse en el arte de la conversación mediante el apropiado manejo de temas de cultura general –eso sí, de manera discreta, para no acomplejar a los hombres de su círculo social–. Vislumbramos que en este ideal femenino parecen concretarse los miedos y deseos de un paradójico sujeto masculino con resabios de larga data y delirios de modernidad. Entonces, es válido hacernos la siguiente pregunta: ¿Estaban satisfechas las lectoras con esa imagen forjada desde el

otro género? Parte de la respuesta se encuentra en las revistas redactadas por mujeres, las cuales florecen en el mercado editorial en el último cuarto de dicho siglo. De allí que el examen del material hemerográfico dirigido al público femenino, escrito por hombres y mujeres a lo largo de estas décadas, arroje pistas para entender el proceso de construcción de un discurso genérico cuyo mensaje intentaba alejar a la mujer del logos.

El corpus seleccionado cubre un período de sesenta y tres años en la historia cultural de América Latina, inclusive, abarca tres países; tiempo y espacio lo suficientemente amplios para que las conclusiones finales sean significativas. Está constituido por cinco publicaciones dedicadas al denominado bello sexo: *El Canastillo de Costura* (Caracas: 1826), *La Aljaba* (Buenos Aires: 1830-1831), *La Guirnalda* (Caracas: 1839-1840), *Panorama de las Señoritas* (México: 1842) y *Violetas del Anáhuac* (México: 1887-1889). Se encuentran periódicos de pluma masculina y femenina, lo cual aporta una posible doble visión necesaria en un estudio con perspectiva de género. Tengamos en cuenta que el género asumido como categoría de análisis revela la cara oculta del género entendido como normatividad, subjetividad, identidad y roles sociales heterodesignados desde el poder masculino para dividir y estratificar la sociedad.

La lectura posicionada desde la teoría crítica feminista de dichos textos me indujo a pensar que funcionaron a la manera de tecnologías del género, en la acepción de Teresa de Lauretis (2000). Es decir, la feminidad y la masculinidad eran construidas por la cultura hegemónica para asegurar su supervivencia y mantenimiento del poder mediante la aplicación de múltiples prácticas cotidianas y toda la gama de discursos institucionales, literarios, históricos, entre ellos, las revistas de carácter periódico destinadas a las mujeres de las clases altas. En estas últimas, se representaba y autorrepresentaba a la mujer como diferente al hombre en el orden sexual, psíquico e intelectual, validando una identidad genérica binaria y jerárquica conveniente al orden de dominación androcéntrico.

Esta trama de sentido reafirmaba la situación de asimetría, ocultamiento y desvalorización del género femenino dentro de un orden social regido por el principio de lo masculino, donde sólo el varón tenía acceso pleno a la autoconciencia y a la autorrepresentación. No podemos negar que la carga ideológica patriarcal es inherente al significado y al sentido de todos los símbolos de nuestra cultura; tampoco, que la dominación simbólica es admitida igualmente por hombres y mujeres. No obstante, a pesar del poder de tales prescripciones discursivas, en nuestra exploración advertimos que ciertos textos escritos por mujeres redefinían la identidad femenina con respecto a su acceso al conocimiento y al uso

eficaz de la razón, utilizando mecanismos de avance y retroceso, los cuales impugnaban estratégicamente la forma dual de ver el mundo.

El versátil tránsito del acatamiento a la rebelión, fundamental en la existencia de las mujeres, es explicado por Josefina Ludmer (1984) al interpretar la *Respuesta de Sor Juana Inés de la Cruz a Sor Filotea*. En su lúcido ensayo argumenta que la poetisa mexicana se vale de «las tretas del débil» para poder eludir la censura de la severa institución religiosa de su tiempo. La primera treta, separación de saber y decir, «...consiste en despojarse de la palabra pública: esa zona se funde con el aparato disciplinario, y su no decir surge como disfraz de una práctica que aparece como prohibida.» (Ludmer; 1984: 50). En la segunda treta, saber sobre el no decir, «...desde el lugar asignado y aceptado, se cambia no sólo el sentido de ese lugar sino el sentido mismo de lo que se instaura en él.» (Ibid., p. 53). En ambas estrategias descubrimos un contradictorio movimiento de retroceso y avance, un juego ambiguo de sumisión y rebeldía, imprescindibles en cualquier táctica de resistencia de grupos sociales subalternos.

Para cerrar estas divagaciones teóricas mencionaré a Chela Sandoval (2004), quien ahonda en el proyecto de Donna Haraway sobre la «conciencia cyborg», asumida como una identidad opuesta a aquella que reproduce el orden social dominante. Sandoval rescata esta categoría para superar el actual apartheid de la plataforma teórica feminista, nefasto a las acciones reivindicatorias de los diversos colectivos de mujeres. De allí que siga el camino dejado por la metodología de los oprimidas, tal como la codificó Haraway en «Feminismo Cyborg» (1985), destacando su naturaleza flexible, móvil, diaspórica, esquizofrénica y nómada. Dicho procedimiento consiste en varias tecnologías de conciencia en oposición, o «tecnologías opositivas de poder», que se despliegan tanto en el orden interno o psíquico como en lo externo o de praxis social. Pueden compendiarse en cinco: lectura profunda de los signos, desafío o deconstrucción de los signos dominantes, transcodificación de esas formas ideológicas al crear significados revolucionarios, democratización de las tres tecnologías anteriores (semiótica, decodificación y meta-ideologización) para propiciar relaciones sociales igualitarias y asunción de la forma de conciencia diferencial que permite absorber novedosas identidades en una constante modificación de las fronteras, a través de «...realineaciones verticales y horizontales de poderes opositivos.» (Sandoval, en Hooks y otras autoras; 2004, p. 104). Estas tecnologías, en las cuales se evidencian paralelismos con las tretas del débil de Ludmer, tienen el objetivo de invalidar mitos, estereotipos y arquetipos que han violentado simbólicamente a los sectores femeninos, manteniéndolos en los espacios histórico-culturales de la subalternidad.

Como expresé anteriormente, durante el período decimonónico las mujeres de la élite fueron beneficiadas por la discusión generada desde el pensamiento ilustrado burgués con respecto a la urgente necesidad de educarlas. No obstante, los programas de estudio que se ofrecían a las de este género tenían un claro objetivo: profesionalizarlas en el matrimonio, la maternidad y las labores domésticas. Modeladas a la manera de ángeles hogareños -debido a su admitida naturaleza moral y sentimental- se les confinaba a los espacios privados, limitando así su derecho a construirse una trascendencia. Es decir, la dicotomía casa/entorno de afuera le imponía lindes a lo femenino para fijar un modo de conducta y demarcar un espacio de carácter ontológico: ser esposa, madre y ama de casa.

¿Frente a esto, qué opinaban intelectuales de gran influencia en Hispanoamérica? En *El Canastillo de Costura*, periódico escrito por la élite masculina caraqueña en 1826, la audaz grancolombiana del primer número se transforma posteriormente en un personaje cuya discreción se acomoda mejor al modelo social autorizado. En la segunda parte del diálogo que sostiene con un estudiante, la mujer le muestra el proyecto educativo que ha redactado, enfatizando su interés en el bienestar de la nación y no en la búsqueda del reconocimiento público: «...Yo trazo para que otro perfeccione; y Vmd. mismo podrá discurrir lo que guste, porque mi deseo se circunscribe á la utilidad desnuda del apetito de aplauso.» (*El Canastillo de Costura*, n° 2, Caracas, fecha sin identificar, p. 9). Llevada por la pluma del redactor, la grancolombiana se autoexcluye de la sociedad de ilustres que ordenará el caos educativo de los años republicanos. De esta manera quedará al margen de la historia oficial, observando tras bastidores la ejecución de un plan de su autoría, pero en el cual no se le otorgará ningún crédito. Sin decirlo expresamente, el segundo número de la revista ubica a las mujeres en el umbral de lo social-civil, en base a un discurso de esferas separadas cuyo propósito era frenar cualquier aspiración de orden político en este sector. Entre líneas, quedaba establecido para las lectoras que el poder estaba jerárquicamente distribuido y sólo podían ejercer el gobierno de sus casas, eso sí, cuando contrajeran matrimonio.

José Quintín Suzarte, integrante del grupo de redactores de la revista *La Guirnalda* -editada en Caracas desde 1839 hasta 1840- estimulaba la instrucción femenina, pero le preocupaba la sabiduría en este género. Desde su punto de vista, la erudición robaba tiempo a la mujer casada para dedicárselo al marido y a los hijos, lo que ponía en peligro la estabilidad de la institución familiar. Anhelaba que la esposa idealizada mostrara «...en sus preciosos dedos, mas generalmente las huellas de la aguja que las manchas de la tinta...» (*La Guirnalda*, n° 3, Caracas, 18 de agosto de

1839, p. 46). No aceptaba que la mujer hiciera de la escritura una profesión porque era una actividad tradicionalmente asignada a los hombres. Para Suzarte, los roles opuestos de unos y otras estaban determinados por sus diferencias naturales y el porvenir de cada identidad genérica lo marcaba el nacimiento. Tomando el lenguaje para sí y sus congéneres, territorializaba a las mujeres en los bordes de la escritura, devaluando su raciocinio y considerándolo como desperdicio o exceso.

Es bien sabido que Juan Bautista Alberdi y Faustino Sarmiento utilizaron la prensa de su tiempo para defender sus puntos de vista sobre la educación y emancipación de las mujeres. Seguidores de Saint Simón, consideraban que la mujer debía ilustrarse para contribuir con el progreso de los países, mas no concordaban con las posturas extremas de quienes abogaban por la igualdad total entre los dos géneros, inclusive dentro del plano moral y sexual. En afinidad con las ideas imperantes durante este siglo, apreciaban la educación femenina como indicadora del grado de cultura de los pueblos, ya que las mujeres formaban las prácticas privadas y públicas. No obstante, les intimidaban los conocimientos excesivos y la libertad plena en manos de las latinoamericanas, pues pensaban que no tenían la madurez espiritual de sus congéneres de Europa y Norteamérica. Además, también dedicaron buena parte de sus escritos a confrontar la educación de adorno, que consideraban nefasta para la moral de las nuevas republicanas. Todo lo anterior nos habla de un sujeto masculino que colocaba a la mujer en un espacio impreciso: entre el anhelo de convertirla en paradigma benefactor de la sociedad y el miedo a que se transformara en un ser real, plagado de amenazantes contradicciones humanas.

Durante este siglo, el ideario religioso-filosófico antiguo que respaldaba la subordinación femenina, insistiendo básicamente en su condición inferior y pecaminosa, fue reemplazado por el complejo dispositivo científico -también inscrito en el juego de poder androcéntrico- desde el cual se postula la teoría de la diferencia complementaria. Los discursos de los eruditos trazaban el lugar y la función de la mujer ideal: sus cualidades éticas, mentales y físicas la hacían competente para permanecer en la casa, atendiendo a sus padres, a su marido y a sus hijos. Se repetía que el género femenino era naturalmente hogareño y virtuoso, por ende, ameritaba una educación que protegiera y destacara ese carácter innato. Basándose en estas supuestas diferencias de índole sexual, Saint-Pierre, uno de los autores traducidos por *Panorama de las Señoritas* -revista mexicana dirigida por Vicente García Torres durante 1842- propone para las mujeres una educación maternal que las distancie de «las especulaciones» del saber, ciñéndolas a «las artes domésticas». De manera semejante a muchos escritores

de la época, Saint-Pierre glorifica a la mujer, «...el único bien que la naturaleza ha repartido á cada uno en particular.» (1842, p. 130) y culpa a los hombres de los desaciertos femeninos: «Todas las contradicciones de la mujer son obra del hombre, quien hace consistir su honor en corromper á la mujer, á la vez que el de esta el huir de semejantes halagos.» (Ibid., p. 148). Hasta le endosa a dicho género el rol de establecer el orden general de las naciones, al influir en los hombres mediante el ejercicio de sus consustanciales virtudes. Este discurso manipulador, plagado de fórmulas retóricas, que intentaba defender desigualdades civiles apelando a la superioridad moral de las mujeres, fue utilizado con frecuencia en las revistas femeninas de autoría masculina para implantar el nuevo pensamiento normativo burgués mediante la suave violencia. Sustentado en el determinismo biológico-anatómico o la naturaleza -en vez de la voluntad divina de los siglos anteriores- reglamenta la conducta, el destino y la posición de las mujeres con respecto a los hombres. De allí que el autor asegure: «Á los sabios toca prepararles las leyes, y á vosotras, ¡oh mugeres! endulzarlos con placeres; vuestra mano, más poderosa que la razón, sabe combatir la fiereza de las penas y producir la felicidad.» (p. 161).

¿Ahora bien, cómo se imaginaban a sí mismas las escritoras de la prensa decimonónica hispanoamericana? Empezaré con Josefina Bachellery, escritora francesa cuyas cinco cartas sobre la educación femenina fueron traducidas y publicadas en *Panorama de las Señoritas*, gracias a la periodista Marie Deriaz -esposa del editor-, quien dirigió la revista mientras él estuvo preso por razones políticas. En esas misivas, Bachellery incorpora conceptos que no se apegaban a la identidad femenina asignada desde el patriarcado. De esta manera llena de contenido un campo semántico transgresor que se relaciona, sin lugar a dudas, con el pensamiento feminista del siglo XIX. Reflexiona sobre la libertad en manos de las mujeres, quebrantando la connotación negativa que sobre este tema se había instalado en el imaginario social. Durante centurias de misoginia se había representado a la mujer libre como a un personaje conectado con la prostitución o la brujería, que actuaba en contra de todos los códigos éticos, motivo por el cual debía ser execrado de la sociedad. Con un movimiento táctico bastante astuto, en la «Cuarta Carta» la escritora recurre al ideario ilustrado para establecer correspondencia entre libertad femenina y progreso civilizatorio: «Dícese con verdad que se puede juzgar del grado de civilización de un pueblo, viendo la parte de libertad que concede á las mujeres...» (p. 321).

Este pensamiento de avanzada, que Montserrat Galí (2002) denomina protofeminista, presenta ciertas inconsistencias en la «Carta Quinta». En ésta, Bachellery manifiesta su desconfianza en la eficacia de

las instituciones públicas para promover cambios educativos que impulsen mejoras en la existencia de las mujeres: «La instrucción pública de las mujeres finalmente, permanecerá todavía por mucho tiempo débil, si se atiende á que ella se regenera por las ideas y las ciencias nuevas.» (p. 525). Frente a esta realidad, nos sorprende cuando propone colocar en manos de las madres la responsabilidad de educar a sus hijas: «Una madre que enseñase á sus hijos, les comunicaría segunda vez la vida, y añadiría la maternidad de la inteligencia á la de la naturaleza.» (p. 520). Se adhiere así a conservadoras formas de enseñanza y al ideal de la madre educadora propagado por el Iluminismo, que habían beneficiado muy poco a las mujeres porque, en realidad, tenían como objetivo alejarlas de los espacios públicos del conocimiento. Aunque se entiende que a la docente y escritora la impulsa el deseo de optimizar la formación dirigida a las niñas, convertir este asunto en algo familiar, como en el pasado, era desandar el camino recorrido con tantos tropiezos. De esta manera, asume una posición ambivalente que le permitiría mantenerse dentro del canon literario: en algunos textos escribe un signo mujer complaciente con el orden patriarcal del diecinueve; mientras en otros lo reescribe, difiriendo de esa imagen femenina.

La uruguaya Petrona Rosende también se resiste frente a las técnicas y estrategias discursivas empleadas por la cultura y la historia de su tiempo para excluir a las mujeres de los beneficios del conocimiento universal. Por ello se pregunta en *La Aljaba* –periódico que costó y dirigió desde 1830 hasta 1831 en Buenos Aires- lo siguiente: «¿Hasta cuando se verá el sêxo femenino sumido en la obscuridad en que lo encerró el sistema opresivo de los que le negaban los conocimientos mas sencillos?...» (*La Aljaba*, nº 4, Buenos Aires, 26 de noviembre de 1830, p. 1). Me atrevería a indicar que la escritora desarrolla prácticas y procedimientos -tecnologías opositivas de poder, según la denominación de Sandoval- con los cuales intenta invalidar mitos, estereotipos y arquetipos que han violentado simbólicamente a los sectores femeninos, manteniéndolos atados a la ignorancia. En este sentido, realiza una lectura crítica de los códigos ideológicos dominantes, los desafía mediante su deconstrucción, se apropia de ellos para transformar sus significados sexistas, acciona conscientemente con el fin de democratizar las condiciones educativas de su época, entendiendo que no hay políticas de género inocentes. Esta forma de conciencia en oposición la lleva a dirigirse a los hombres que se resisten a la enseñanza de las mujeres con un tono astutamente persuasivo y conciliador: «...el hombre civilizado, en todo el mundo culto, conoce el mérito donde lo halla: no se cree él solo capaz de hacer progresos en las ciencias, ó en las artes; no duda del talento de las mujeres...» (*La Aljaba*, nº 14, Buenos Aires, 31 de diciembre de 1830, p. 4).

La reconfiguración del signo mujer como sujeto que pensaba y sentía, con derechos civiles y deberes familiares, fue un proceso lento y paradójico en el cual operaban fuerzas de talante progresista en pugna con las de modos conservadores, todavía bastante vigorosas, inclusive a finales del diecinueve. Estas marchas y contramarchas grababan su huella en los sectores femeninos, quienes inscribían sus particulares identidades a través de experiencias construidas en disímiles contextos individuales y sociales. *Violetas del Anáhuac* -periódico mexicano dirigido por Laureana Wrights y Mateana Murguía desde 1887 hasta 1889- recurre estratégicamente a las ideologías genéricas elaboradas por las élites modernas para postular una forma inédita de ser mujer: ilustrada y autónoma. No se puede negar, sin embargo, que algunas de sus autoras refrendaban una identidad, estipulada desde el patriarcado, en la cual la instrucción femenina se relacionaba con el progreso del esposo, los hijos, la familia y la nación. Aunque la política editorial del periódico defendía el pleno acceso a la educación por parte de las mujeres y el poder desempeñar profesiones y oficios culturalmente negados para ellas, era difícil romper con el ideal de la domesticidad femenina, instalado en el imaginario colectivo mediante diversas y eficaces tecnologías del género. No obstante, estas barreras no impidieron que Elisa, María del Alba, Mateana Murguía, Catalina Zapata, Elvira Lozano y Laureana Wrights, entre otras redactoras, propusieran novedosas mentalidades y subjetividades en correspondencia con cambios ideológicos, intelectuales y afectivos, encaminados a crear unas relaciones de género no jerárquicas, de cooperación, de trabajo y de compromiso personal y social.

En el ensayo «Aquí estamos», la escritora con el seudónimo de María del Alba vislumbra un nuevo y esperanzador destino para los sectores femeninos mexicanos, construido mediante los beneficios de una enseñanza moderna que debía potenciar todas sus facultades intelectuales. En dicho texto se manifiesta un tenue pero inequívoco cambio en el planteamiento teórico y en la argumentación sobre los proyectos existenciales de las mujeres, que se asemejan a las premisas del pensamiento feminista. La autora denigra del pasado de obscurantismo que les negó el derecho a cultivar y ejercitar su entendimiento. Al mismo tiempo, le apuesta a un futuro próspero, civilizado, en el que esta parte de la sociedad pueda mejorar su condición y elevarse a las más altas esferas del conocimiento: «La mujer contemporánea quiere abandonar para siempre el limbo de la ignorancia y con las alas del genio desea remontarse á las regiones de la luz y la verdad.» (*Las Hijas del Anáhuac*, Año I, Tomo I, nº 1, México, 4 de diciembre de 1887, p. 4).

No se trata de una egoísta inquietud personal, sino de un plan enmarcado en lo colectivo que reconoce a las otras mujeres como hermanas,

sin importar diferencias sociales, étnicas, religiosas o de cualquier orden: «Venid, hermanas; la regeneración aparece en el horizonte de nuestro cielo y los iris que la circundan iluminan con su magnífico esplendor.» (Ibid., p. 4). Si el objetivo de *Violetas del Anáhuac* era erigir la igualdad entre ambos géneros para disfrutar equitativamente los bienes culturales y simbólicos, no era menos prioritario eliminar las desigualdades entre las mismas mujeres, proceso en el que se instauran vínculos de solidaridad. Catalina Zapata lo refrenda en el texto «La mujer de este siglo»:

La mujer regenerada por la ciencia, hará de sus hermanas, émulas agradecidas, porque al pisar la alfombra de flores que ella tiende á sus pies, se sentirán también regeneradas, y ya no querrán pisar los lodazales del vicio que esta les enseñará á distinguir con el prisma abrigantado de la razón y la virtud. (*Violetas del Anáhuac*, Año I, Tomo I, nº 13, México, 26 de febrero de 1888, p. 152).

Los lazos de sororidad son utilizados estratégicamente por las feministas del diecinueve para desarrollar en las mujeres una identificación positiva con todas las de su género y el posterior nacimiento de alianzas comunes en contra de la segregación educativa patriarcal. Marcela Lagarde asegura que estos pactos tienen una historia relativamente corta porque únicamente pueden ejecutarse en la época moderna, cuando las mujeres se apropian del espacio público y del lenguaje, desorganizando la agenda excluyente de perspectiva androcentrista:

Sólo en condiciones de modernidad las mujeres hemos pactado. La agenda y la ciudadanía no han sido indumentaria tradicional de género para las mujeres. Por el contrario, la práctica de agendar es subsidiaria al reconocimiento de la otra y la ciudadanía implica la pertenencia. Más aún, como lo explica tan bien Celia Amorós, el pacto entre los hombres que se reconocen interlocutores y sujetos políticos, ha implicado la exclusión de las mujeres y, su agenda incluye cómo organizar el mundo, definir hacia dónde vamos y otras delicadezas, así como las formas sutiles y perversas de mantener a las mujeres quietecitas. (Lagarde; 2006: 2).

Para trastocar la idea de que la mujer es un ser naturalmente emocional, falto de lógica y de razón, María del Alba y Catalina Zapata

buscan el respaldo de otras subjetividades y cuerpos femeninos. Están conscientes de que estableciendo acuerdos, fundamentados en relaciones de paridad y en el apoyo mutuo, es posible desmontar el sexismo dentro de la educación mexicana, o como dice Lagarde, «...cambiar la vida con un sentido justo y libertario.» (Ibid., p. 3).

Análisis de la prensa femenina de autoría masculina demuestra que la mujer significada se corresponde con la enseñanza discriminatoria impartida en el diecinueve. En Hispanoamérica existían muchas menos escuelas de niñas que de niños, además los programas educativos estaban absolutamente diferenciados según el género. Para las hembras lo primordial era la formación en valores ético-religiosos y en los oficios del hogar: sólo se pretendía construir buenas madres y esposas. En cambio, los varones recibían conocimientos que los aprestaban para el trabajo o la prosecución de carreras universitarias: ellos serían los políticos, los militares, los académicos y los intelectuales de los estados. De allí que las fracciones liberales y conservadoras, tan proclives a enfrentarse en guerras civiles, manifestaban en este asunto un acuerdo casi unánime. En tierras mexicanas la situación se tornó algo diferente porque los liberales redactaron varias leyes revolucionarias, pero éstas nunca se pusieron en práctica debido a la inestabilidad política vivida durante ese período.

Al realizar una lectura desde la sospecha de la prensa decimonónica escrita por mujeres se observan estrategias bien interesantes. Josefina Bachellery se autorrepresenta como una docente y madre a quien le preocupa el porvenir de sus hijas. De allí nace su voluntad al escribir las cartas en las cuales esboza un modelo educativo que provea a las niñas de recursos para desempeñar algún trabajo en su vida adulta. Con esta treta, entre otras, promueve a una mujer autónoma económicamente sin deslastrarse del tradicional familismo. Por su parte, Petrona Rosende -la directora de *La Aljaba*- modela un paradigma femenino educado e independiente que es el reflejo de su propia subjetividad. Sin embargo, no se define explícitamente como una mujer emancipada que puede vivir de su labor de escritora. Al contrario, resalta que su ilustración orientada por la virtud la dignifica frente a la sociedad y le permite ocupar el sagrado rol de formadora de sus hijos. Las identidades femeninas simbolizadas en *Violetas del Anáhuac* también ponen sus capacidades intelectuales al servicio de la familia y de la patria. Por lo menos, ése es el aparente leitmotiv de la mayoría de los textos publicados en esta revista de finales del diecinueve que asociaba a la mujer con el estudio y el trabajo. Realmente, en todos estos signos femeninos se superponen, con mayor o menor fuerza, representaciones novedosas y

otras bastante tradicionales, lo cual alerta sobre una forma de conciencia en oposición que elude las sanciones de la sociedad androcéntrica.

Si bien ninguna de las escritoras leídas respaldaba de manera explícita la causa del feminismo en sus textos, son varios los elementos que, asociados, denotan una inobjetable conciencia crítica frente al poder patriarcal. Estas sutiles prácticas de resistencia permitieron a los sectores femeninos actuar opositivamente, en el plano subjetivo y en el de la praxis social, contra políticas pedagógicas segregacionistas. Inclusive, valiéndose de las tretas del débil y de la metodología de las oprimidas, abrieron fisuras en el orden simbólico, redefiniendo el género femenino y potenciando novedosas identidades en una constante transformación de los límites. Justamente, acerca de verdades que sólo pueden ser dichas de soslayo escribe Emily Dickinson (2003:41) en el poema «1129»:

Di toda la Verdad pero dila sesgada
El éxito reside en el Rodeo,
Es demasiado brillante para nuestro enfermizo Deleite
La soberbia sorpresa de la Verdad.

Como se facilita el Relámpago a los Niños
Con una explicación amable,
La Verdad debe deslumbrar poco a poco
O quedarán ciegos todos los hombres.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Galí, M. (2002). *Historias del bello sexo: la introducción del Romanticismo en México*. México: UNAM-IIE.
- Lagarde, M. (2006) «Pacto entre mujeres. Sororidad», Madrid, 10 de octubre. Coordinadora española para el lobby europeo de mujeres, pp. 1-12.
- Lauretis, T. (2000). «La tecnología del género». En: http://www.disidenciassexual.cl/wp-content/uploads/2000/03/tecnologias_del_Genero.pdf
- Ludmer, J. (1984). «Tretas del débil». En: *La sartén por el mango*. México: Huracán.
- Sandoval, C. (2004). «Nuevas ciencias. Feminismo cyborg y metodología de los oprimidos». En: *Otras inapropiables. Feminismos desde las fronteras*. B. Hooks y otras autoras. Madrid: Traficantes de sueños, pp. 81-106.

HEMEROGRAFÍA DEL SIGLO XIX

- El Canastillo de Costura*, nros. 1 y 2, Caracas, 1826.
- La Aljaba. Dedicada al bello sexo Argentino* (reedición facsimilar de los 18 ejemplares de 1830-1831, a cargo del Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires «Dr. Ricardo Levene», 2004, La Plata). Nros. 1 al 18.
- La Guirnalda*, nos. 1 al 7, Caracas, 1839.
- Panorama de las Señoritas*. México, 1842. En: <http://lyncis.dgsca.unam.mx/literaturasxix/revistas/panorama/psm11.pdf> (consultada el 02/03/10).
- Las Hijas del Anáhuac*, nros. 1 al 8, México, 1887-1888.
En: www.hndm.unam.mx/ (consultada el 03/01/12).
- Violetas del Anáhuac*, nros. 9 al 51, México, 1888-1889.
En: www.hndm.unam.mx/ (consultada el 03/01/12).